

Romualdo Izquierdo

LOS FALCÓ

Carlos y Fernando,
los últimos aristócratas

ÍNDICE

<i>Introducción. Los últimos caballeros</i>	11
1. La última cena	15
2. Los Montellano y Alfonso XIII	20
3. Los ocho de Las Jarillas	41
4. Años cincuenta	52
5. El príncipe en el palacio Montellano	65
6. Carlos Falcó, un agricultor subversivo	92
7. Juan Carlos, el heredero	103
8. Embassy, la nueva oficina	114
9. Isabel Preysler	129
10. Marta Chávarri y Miguel Boyer	139
11. Lady España y los Albertos	156
12. Entre hermanos. El vino como negocio	169
13. Muerte de Rocío Falcó	179

14.	El año que cambió todo	190
15.	Fátima de la Cierva	200
16.	Duarte y Aldara	213
17.	Los hijos ya se casan	220
18.	El robo de los cuadros	232
19.	Yuste, Patrimonio Nacional	242
20.	La finca Valero	250
21.	De nuevo separados	261
22.	Piso de soltero	272
23.	La caída del elefante	286
24.	La abdicación	298
25.	Los Goya	309
26.	La discusión	331
27.	Nada sigue igual	339
	<i>Agradecimientos</i>	351

INTRODUCCIÓN

LOS ÚLTIMOS CABALLEROS

Al marqués de Griñón y al marqués de Cubas, a Carlos y Fernando Falcó, tardaron casi cuarenta años en conocerlos por su apellido. Desde que nacieron en plena guerra civil con dos años de diferencia —Carlos es el mayor— y hasta mediados los años setenta del siglo pasado, en plena transición democrática, los dos hermanos eran simplemente Carlos y Fernando Montellano. A ellos, por supuesto, esto no les importaba ni les resultaba molesto. ¡Al contrario! El título nobiliario familiar como sustitutivo del apellido paterno era uno de los mayores signos de distinción social que se mantenía inalterable desde siglos y siglos atrás. Y ellos eran hijos de los duques de Montellano, dos grandes de España. Tanto su padre Manuel Falcó Escandón, heredero del linaje Montellano, como su madre, Hilda Fernández de Córdoba y Mariátegui, hija de los duques de Arión, disfrutaban por derecho propio de la máxima distinción nobiliaria, la grandeza de España.

Su vida privilegiada, vida de grandes marqueses, de la que supieron disfrutar sin complejos hasta su muerte en 2020, con apenas siete meses de diferencia, transcurre paralela al último

siglo. La España de hoy poco tiene que ver con la de décadas atrás, cuando los privilegios que comportaba un título nobiliario permitían a quien disfrutara de uno poder sentirse por encima de lo que alguno de ellos consideraba —e incluso llamaba— «los inferiores». Hasta mediados de los años ochenta, los grandes de España, el *top* de la nobleza, disfrutaban, por ejemplo, de pasaporte diplomático. Hoy, un título nobiliario no significa nada más que un añadido aristocrático al apellido familiar por el que, además, hay que pagar impuestos. Legalmente no tiene ningún otro tipo de privilegio. Sin embargo, ¡claro que siguen interesando! En los tribunales se continúa litigando por ellos. España, para quien le gusten los *rankings*, figura a nivel internacional como el país con mayor número de títulos nobiliarios por millón de habitantes. Y en cuanto a números absolutos, también está entre los primeros.

Con la muerte de Carlos y Fernando Falcó se va también una manera de entender y enfrentarse a la vida. El marqués de Griñón y el marqués de Cubas nunca necesitaron justificarse por sus orígenes aristocráticos ni por vivir al límite, sin pedir permiso y, en ocasiones, hasta por encima de sus posibilidades. Don Juan Carlos I, además de su rey, era don Juanito, su amigo de la infancia. Su educación exquisita, su templanza ante la adversidad —porque es cierto, los ricos también lloran—, su azarosa vida social y sentimental y también su particular relación con lo que significa la fama y la popularidad los convirtió en grandes personajes de la crónica social. Con los inconvenientes que esto les ocasionó en numerosas ocasiones. Aunque también les divertía en otras.

Como hermanos, han peleado y discutido. Se han hablado con claridad, pero también se han querido y apoyado mucho.

Su lealtad insobornable a lo que significaba el apellido era de las que ya no se estilan. Brillantes en sus ocurrencias, con un gran sentido del humor, corrosivo en ocasiones, y elegantes y con estilo siempre, incluso hasta en el momento de reconocer sus propios errores. La historia de su vida es la de una España que ya no existe. Y ellos eran los últimos caballeros.

—¡Y me dices que es una novela...! ¡Vaya lo que ha dado de sí la vida de estos señores! ¡Tanta mujer, tantos hijos, tanto gasto...!

—Pues sí, sí..., es una novela.

LA ÚLTIMA CENA

«¿Qué se puede hacer? ¿Qué podemos hacer?». No lograba silenciar el eco de su cerebro y la falta de respuestas le martilleaba nuevamente el ánimo. Sabía lo que pensaban sus amigos, los más cercanos, porque desde hacía varios meses no hablaba de otra cosa y preguntaba y preguntaba, y volvía a preguntarse qué es lo que él, Montellano, como aún le solía llamar don Juan Carlos, podía hacer por su amigo.

La cena con Luis María Anson y su esposa, Beatriz de Balmaseda, se había organizado unos días antes. Mesa para cuatro, respetando la normativa anticovid. El restaurante, cercano a la puerta de Alcalá, lo había elegido Esther Koplowitz, su exmujer. En esta ocasión, no fue en Zalacaín. Sin embargo, el reencontro con los amigos no había tenido el efecto balsámico de ocasiones anteriores. Estaba entristecido e irritado. «Yo soy un ciudadano que está al servicio de su rey», respondía siempre que alguien se interesaba por su relación con Juanito. Pero esa noche, ni siquiera Luis María conseguiría hacerle sonreír: «Esta aventurera, Corinna, está diciendo que el matrimonio entre don Juan Carlos y doña Sofía lo preparó Franco. Es que se dice

cada cosa... Y los que lo hemos vivido desde dentro, cuando las escuchas, no nos queda otra que reír».

La certeza de que muy poco podían hacer ya por su amigo, o más bien nada, ensombreció la velada. El rey emérito llevaba días fuera de España acosado por el escándalo de sus cuentas opacas. Y parte del actual Gobierno social-comunista, en palabras de Luis María, hablaba sin ningún pudor de exilio. «Con el mismo afán de servicio a España que inspiró mi reinado y ante la repercusión pública que están generando ciertos acontecimientos de mi vida privada (...), te comunico mi meditada decisión de trasladarme en estos momentos fuera de España», decía uno de los párrafos que don Juan Carlos había dirigido por carta a su hijo, Felipe VI, y que la Casa del Rey acababa de hacer público. El desconcierto inicial y la falta de información sobre el destino del monarca facilitaron que durante días se especulara sobre dónde podría encontrarse. República Dominicana, Portugal, Nueva Zelanda... ¡Cuánta carnaza para los medios de comunicación!, pensó. Hasta que, por fin, una fotografía le situó en Abu Dabi, capital de los Emiratos Árabes Unidos (EAU).

Lleva años delicado de salud y en el coche de regreso a casa, Esther le coge la mano y se la acaricia. Él responde con otra caricia, pero no aparta la vista del cristal de la ventanilla, con la vista perdida en los números impares del paseo de la Castellana. No recuerda cuántos años llevan separados porque, aunque han disuelto legalmente el matrimonio, siguen viviendo en el mismo edificio, propiedad de Esther, en el paseo de La Habana. Ella en un piso y él en otro.

El chófer, también al servicio de su exmujer, obedece al semáforo en rojo de la plaza de Colón y se detiene. Apenas un

minuto, el tiempo suficiente para recordar que donde actualmente se levanta el edificio Centro Colón, estaba el palacio del duque de Uceda. Y unos metros más adelante, ya pasada la plaza, el de los duques de Arión, sus abuelos maternos, aunque ahora te encontraras con un edificio de oficinas. La Embajada de Alemania, también en la Castellana, fue en su día el palacio del duque de Santa Elena y el de los condes de San Bernardo, las oficinas bancarias que ya distinguía unas manzanas más adelante.

Al llegar a la altura del número 33, esquina con el paseo de Eduardo Dato, es él quien agarra con fuerza la mano de su compañera. Ella no dice nada, solo le sonríe. Acaban de dejar atrás la actual sede de Mutua Madrileña, donde hasta 1966 se levantaba el palacio de los duques de Montellano, el palacio de sus abuelos paternos, que luego sería de sus padres.

«Y Peñafiel diciendo que nadie le ha ofrecido su casa al rey y por eso se ha tenido que ir», le susurra a Esther con tono de impotencia.

El coche deja la Castellana y enfila el paseo de la Habana, pero la visión fugaz del lugar donde había estado su casa ha alterado su ánimo y sabe que esa noche de agosto también le va a costar dormir. Otra más.

Su hermano Carlos ha fallecido por coronavirus cinco meses antes y él, Fernando Falcó, marqués de Cubas, con un linaje que lo emparenta con el Gran Capitán, a las órdenes de los Reyes Católicos, es el último representante de su generación en una familia que siempre ha estado al servicio de su rey. Su tiempo se acaba, lo sabe desde hace meses, cuando le diagnosticaron la enfermedad. Y su rey ha abandonado España. «Nadie le ha ofrecido o prestado su casa», recuerda

de nuevo las palabras del veterano periodista. Y le suenan a reproche.

La cena con Esther, Beatriz y Luis María ha despertado sus recuerdos y estos se apresuran por ocupar su consciencia de una manera cálida y hasta ordenada. Las imágenes no tardan en sucederse.

¿Dónde estará la foto? Su sobrina Alejandra, la hija de su hermano Carlos a la que todos llamaban Xandra, le había pasado la última vez que se vieron unas carpetas con documentación y alguna fotografía familiar. Al igual que Manuel, su hermano mayor, le llaman cariñosamente «tío Fernando» y él les profesa también un afecto especial por la relación tan estu-penda que mantienen con su primo Álvaro, su único hijo.

Recordaba con nitidez que ese mismo día Xandra le había comentado su intención de escribir al Patronato de Yuste. Tanto él como su hermano Carlos eran miembros del organismo que se creó una vez que su familia cedió los terrenos donde se asienta el monasterio de Yuste, en Cáceres, al Estado. Allí es donde se retiró hasta su muerte Carlos V, rey de España y emperador del Sacro Imperio. La cesión de los terrenos se había firmado en pleno franquismo y Xandra había encontrado perdida en, no recuerda qué archivo, la documentación original que ratificaba el acuerdo. Tenían que resolver la sustitución de su hermano Carlos, ya fallecido, en el consejo. «¿Para qué sirve ese puesto?», le había preguntado a su sobri-na. Ella, tan solo le devolvió una sonrisa como respuesta.

Dentro de una de las carpetas estaba la fotografía. Fechada en marzo de 1949. El príncipe Juan Carlos de Borbón y sus

compañeros de colegio comen un bocadillo tras jugar un partido de fútbol en la finca Las Jarillas, donde cursan el bachillerato, se explica en el pie de foto. Y entre los nombres de los compañeros de don Juan Carlos, el suyo, Fernando Falcó y González de Córdoba.

«No, no lo tiene nada fácil. Está en una situación incómodísima. ¡Pobre Juanito!», recuerda que había insistido Anson en la cena. «Sin embargo, no había necesidad de que abandonara España. Podía haber utilizado el palacio de la Quinta, donde ya vivió de recién casado. Yo le fui a visitar allí. Está aproximadamente a un kilómetro de la Zarzuela, dentro del recinto. Es un palacete de caza, pero tiene un hall precioso, un comedor estupendo, un salón de recepción magnífico y un gran despacho también. Más un dormitorio principal y otros dos de servicio. Y no necesita más. Vivió allí con doña Sofía varios meses, hasta que Carmen Polo, la esposa de Franco, les montó la Zarzuela», concluyó.

LOS MONTELLANO Y ALFONSO XIII

Era lo más comentado al día siguiente en la corte y fuera de ella. La reina Victoria Eugenia, Ena para la familia, no había asistido a los actos oficiales con motivo del santo de su esposo y no acompañó a Alfonso XIII cuando le cumplimentaron los numerosos invitados que habían acudido al Palacio Real.

A la una y media, el soberano recibió en el Salón del Trono a la comisión del Senado y a las dos de la tarde, a la representación de la Cámara Popular. Más numerosa la primera que la segunda. Después, saludaron al monarca las damas de la reina, las duquesas de San Carlos, Arión, la Conquista, Santo Mauro, Sotomayor, Luna, Fernán Núñez y Montellano. Más tarde, cuando las damas fueron a ofrecer sus respetos a su majestad la reina doña María Cristina, madre de Alfonso XIII, fue esta quien les comentó que «la reina Victoria se había retirado a sus habitaciones por sentirse indispuesta».

En la Cámara siguió la recepción de ministros de la Corona, capitanes generales, caballeros del Toisón y grandes de España. Entre ellos, los duques de Arión, Prim, Alba, Osuna,

Híjar, Gor, Vega y Montellano. A continuación, a las dos y media, comenzó la recepción general en el salón del trono. El rey vestía uniforme de capitán general de gala, con los collares del Toisón y Carlos III, las veneras de las órdenes militares y la banda roja del mérito militar.

Detrás del rey estaban los jefes superiores de palacio y próximo al trono, de guardia, el duque de Arión, grande de España. Enfrente, el Cuerpo Diplomático. El desfile resultó lucidísimo, en eso coincidirían después todos los presentes. Eso sí, excesivamente largo. Más de una hora tardaron en pasar las representaciones de la Administración, Ejército, Armada, Religión y Artes y Letras.

Terminada la recepción, el rey descendió del trono y conversó afablemente con los diplomáticos. Después, la corte se trasladó a la antecámara, donde las damas del Cuerpo Diplomático cumplieron a Alfonso XIII. Llamó la atención por su pintoresco traje la esposa del encargado de Negocios de China, la señora Tai. Tampoco pasó desapercibida para el monarca.

A continuación, según la costumbre, se procedió al besamanos. Jefes de cuarto, mozos de oficio, conserjes, celadores, porteros de banda y de vidriera y personal de las Reales Caballerizas, así como los alabarderos de la guardia interior de palacio, se inclinaron ante el rey.

Aunque el tiempo era desapacible ese día en Madrid, muchos curiosos se acercaron hasta la plaza de la Armería, donde tocaron las bandas de la guarnición, para presenciar el desfile de carrozas y uniformes.

La servidumbre de palacio vestía de gala.

Ese 23 de enero de 1907, festividad de san Alfonso, obispo y doctor de la Iglesia, la gran ausente fue la reina Victoria Eu-

genia, que «se encontraba indispuesta». Era el primer santo de su esposo tras la boda, que se había celebrado apenas unos meses antes, el 31 de mayo de 1906, y su ausencia no hizo más que incrementar los rumores sobre las desavenencias entre los monarcas. No era un secreto que su luna de miel en el palacio de La Granja de San Ildefonso, en Segovia, había sido ya un desastre. Ella tenía dieciocho años y el rey veinte. Era muy joven, pero muy pronto descubrió que en la vida de su esposo siempre existirían las amigas y amantes de turno.

Su suegra, María Cristina de Austria, había ocupado su lugar en la celebración. «Doña Virtudes», tal y como la conocían la corte y el pueblo llano por la rectitud moral de su conducta, nunca mostró especial simpatía por su nuera que, además, era anglicana. Para su hijo hubiera preferido una princesa católica. Y ella, Ena de Battenberg, era nieta de la reina Victoria de Inglaterra, emperatriz, además, de la India.

Su aventura española no había podido empezar peor. Había salido de la iglesia de los Jerónimos, entre el Retiro y el Museo del Prado, convertida ya en esposa de Alfonso XIII y la comitiva nupcial discurría con la normalidad convenida por el paseo del Prado, la plaza de Cibeles, la calle Alcalá y la Puerta del Sol. Desde allí, y hasta el Palacio Real, solo quedaba por recorrer la calle Mayor, pero poco antes de girar a la derecha por la calle Bailén, a la altura del número 88 de Mayor (actualmente el 84) una bomba casera lanzada desde el cuarto piso por el anarquista catalán Mateo Morral provocó el desastre. El artefacto, camuflado en un ramo de flores, chocó contra los cables del tranvía y falló en su objetivo, la carroza en la que iban los reyes, pero dejó un balance de veinticinco muertos y más de cien heridos. Los corresponsales de prensa

extranjeros acreditados en Madrid, que calcularon en más de cuatrocientas mil las personas que acudieron ese día al desfile de los recién casados, dieron buena cuenta de ello en sus crónicas. También de que la comitiva, que a las nueve de la mañana había acompañado al rey desde la plaza de Oriente hasta el templo donde se celebraría la boda, había estado formada por cuarenta coches de caballos, de los que la mitad correspondían a grandes de España.

Alfonso XIII y Victoria Eugenia, que salieron ilesos del atentado, saludaron después desde el balcón principal del Palacio Real a los congregados en la plaza de Oriente. En lo que no se pusieron de acuerdo los corresponsales es en si se celebró finalmente el banquete previsto en honor del nuevo matrimonio: consumé de buey con profiteroles rellenos de parmesano, huevos escalfados con setas, lenguado con salsa holandesa, costilla de ternera al jerez, capón relleno al horno y, de postre, tarta nupcial, una tradición muy inglesa que introdujo la novia.

Mientras, seguían recogándose cadáveres a pocos metros de distancia. Y el desapego del pueblo hacia sus reyes y su corte ascendía un nuevo escalón.

Apenas habían transcurrido nueve años desde el desastre de 1898, cuando España perdió sus colonias de Cuba y Filipinas, y la representación internacional en la boda era acorde al nuevo papel del país en la política mundial: ninguna testa coronada. Entre los invitados de casas reales destacaban el príncipe de Gales, más tarde Jorge V, acompañado de su esposa María de Teck (abuelos de la reina Isabel II), Alberto I de Bélgica, entonces heredero al trono, el gran duque Vladímir Aleksándrovich de Rusia y el archiduque Francisco Fernando, heredero-

ro del imperio austrohúngaro, cuyo asesinato unos años más tarde, en 1914, desencadenaría la Primera Guerra Mundial.

Los duques de Montellano, Felipe Falcó Osorio y Carlota Maximiliana de Escandón y Barrón, abuelos paternos de Carlos y Fernando, habían estado en la boda como grandes de España. También los maternos, Joaquín Fernández de Córdoba y María de la Luz Mariátegui y Pérez de Barradas, duques de Arión. Las dos duquesas fueron destinatarias, como damas de Victoria Eugenia, de la invectiva de la reina madre contra su nuera en el santo del rey. «Se sentía indispuesta», había dicho.

—No le importa nada lo que puedan pensar, tiene que madurar, no solo como rey, también como hombre —se atrevió a comentar la duquesa de Montellano con su esposo a la mañana siguiente.

—Sabe que tanto en la corte como fuera de ella le llaman «Rodríguez» de manera despectiva, se ríen de él, hacen chistes... Y la gente de bien, incluso los inferiores, se preguntan: «¿Cómo será este rey, qué desastre, si hasta el duque de tal o el marqués de cual se carcajea a costa suya...!» —respondió el duque, como siempre que su mujer, desconocedora del funcionamiento de la maquinaria del Palacio Real por su condición de extranjera, afeaba la conducta del soberano.

—¿Y quién era esa tal señora Tai que despertó la atención del rey casi de una manera infantil? —preguntó insistente la duquesa de Montellano a su esposo—. ¡Es a la única que nombra por su apellido el periódico de esta mañana! ¡Había muchas más esposas de representantes diplomáticos en la recepción por el santo de Alfonso XIII y solo la nombran a ella!

A pesar de sus comentarios, la madre de Alfonso XIII apreciaba a los Montellano. Su lealtad hacia su hijo estaba más

que demostrada. Así que el rey y su familia frecuentaban con regularidad su palacio recién construido. Eran asiduos a los teatrillos o fiestas benéficas que organizaban en el jardín, como la que presidió la reina María Cristina para recaudar fondos para la construcción de la iglesia de la Paloma. Tras la representación de la zarzuela *La verbena de la Paloma* se celebró una tómbola con preciosos premios gracias a la cual se logró una buena recaudación.

Los Falcó tenían una mansión en la avenida Victor Hugo de París, pero a comienzos del nuevo siglo decidieron construir su residencia en el paseo de la Castellana, en Madrid. En la avenida competían en belleza y elegancia los mejores palacios de la capital y con ellos la mejor arquitectura de la *belle époque*. Era donde había que estar. El abuelo Felipe, duque de Montellano y senador por el Partido Liberal en el Congreso, había conocido de joven a la abuela Carlota en París. En aquellos años, eran habituales los enlaces entre miembros de familias nobles europeas y ricas herederas americanas. Y la familia Escandón había logrado hacer una gran fortuna en México en tiempos del presidente Porfirio Díaz con la construcción del ferrocarril entre la capital y Veracruz, el principal puerto del país.

Una vez que dejaron París, donde en 1892 había nacido su hijo Manuel Falcó y Escandón, y mientras se terminaba de construir el palacio de la Castellana, los abuelos se instalaron de manera provisional en el palacio de las Vistillas, mirando de frente al Palacio Real. El joven matrimonio vivió sus primeros años de casados en este viejo caserón que había sido resi-

dencia y testigo de los últimos esplendores de los duques de Osuna. El palacio, construido a finales del siglo XVIII, llegó a ser uno de los más famosos de Madrid por la suntuosidad y rareza de sus fiestas. Y sinónimo también de dispendios y derroches con ramificaciones en la corte de los zares. La última gran celebración que recogían las crónicas había tenido lugar en 1884, con motivo del Carnaval y fue un baile de dominós blancos en el que se especuló que había participado también Alfonso XII.

Construido donde hoy se levanta el seminario conciliar de Madrid, aún conservaba las riquezas artísticas atesoradas generación tras generación cuando salió a subasta pública y la mayoría de sus enseres y obras de arte fueron subastados o vendidos a chamarileros en el Rastro.

Un año más tarde después del derribo del palacio de las Vistillas, en 1901, los Montellano ya habían comprado el terreno en el paseo de la Castellana donde levantarían su nuevo hogar.

Realmente lo que habían adquirido era el palacio de Indo, un edificio de tres plantas rematado por una balaustrada y rodeado de un amplio jardín propiedad del banquero vasco Miguel Sáinz de Indo, que tuvo que subastar sus propiedades debido a su bancarrota. En esa época, el Madrid aristocrático crecía por esa zona de la Castellana y los grandes señores abandonaban sus viejos y decrepitos caserones de Ópera y el Madrid de los Austrias próximos al Palacio Real.

Ni las dimensiones ni el estilo del conocido también como hotel de Indo eran del gusto de sus nuevos dueños. Los Montellano mandaron demolerlo en 1904 y levantaron lo que Pedro Navascués, historiador de la arquitectura, definió como «un palacio moderno»: «Tenía unos magníficos interio-

res y un gran vestíbulo circular del que partía una escalera y dos galerías. La decoración pompeyana del comedor, el salón de mármoles y espejos abierto al jardín y la biblioteca, que reproducía la del castillo de Postdam, eran otras tantas piezas notables que pueden dar idea de la riqueza acumulada a uno y otro lado de la Castellana», tal y como se recoge en el archivo digital de la Universidad Politécnica de Madrid.

Del derruido palacio de las Vistillas, los abuelos de Carlos y Fernando Falcó conservaron una *boisserie*, que en su nuevo emplazamiento en el palacio de la Castellana daba paso al comedor, y los cuadros de Goya que decoraban el saloncito Carlos IV.

Ni el salón Renacimiento con tapices góticos ni el dedicado a salón de baile. La joya del palacio era, sin duda, esta pequeña estancia tapizada con sederías verdes donde colgaban los retratos del conde de Fernán Núñez y de su esposa la duquesa de Montellano, antepasados de la familia que ejercieron como embajadores de España en París durante la Revolución francesa. Los dos lienzos estaban firmados por Goya.

«La inteligente duquesa de Montellano, que ha presidido el arreglo de la casa, ha sabido dar a estas dos obras de arte el puesto que les corresponde por derecho», dijo envarado uno de los invitados al baile organizado para inaugurar oficialmente el palacio.

«Ante ambos retratos se detenían en la noche del baile la mayoría de los invitados. Los artistas como Benlliure o Moreno Carbonero no se cansaban de admirarlos: “¡Qué gracia, qué distinción, cuánta elegancia en ambas figuras, en las que la paleta del divino maestro derramó toda la luminosidad de sus colores!”, se decían el uno al otro», presumía días después

con manifiesto orgullo la anfitriona de la fiesta ante un grupo de amigas que no habían podido asistir a la inauguración.

Las comidas de los lunes en el hotel Ritz eran otro de los acontecimientos sociales por excelencia. Además, los abuelos Falcó habían contribuido económicamente en su construcción. Alfonso XIII quería tener un hotel de la categoría de las grandes capitales europeas como Londres o París para atender a la aristocracia internacional. Su boda con Victoria Eugenia había puesto Madrid de moda y en una cena con varios nobles, entre los que se encontraban Alba y Montellano, el rey les pidió que se implicaran en la financiación de una serie de proyectos necesarios para que el país avanzara y creciera. Entre ellos, la primera línea de Metro de Madrid y la construcción del Ritz. Cuatro años después de su boda, en 1910, Alfonso XIII tenía su hotel. Y los Montellano, como el resto de aristócratas, su lugar elegante donde podían ver y, sobre todo, ser vistos.

Ese lunes, 20 de mayo de 1918, estaba especialmente animado. La neutralidad española en la Primera Guerra Mundial (1916-1919) había convertido Madrid en centro de operaciones de agentes secretos y espías al servicio de las potencias implicadas en el conflicto, y el Ritz hospedaba a más de uno y más de una. Entre sus huéspedes se encontraban también numerosos aristócratas europeos que huían de la guerra y habían convertido sus salones y habitaciones en su base en el exilio desde la que organizar conjuras.

Los duques de Montellano compartían comida ese día con el duque de Westminster, el embajador de Inglaterra y

lady Hardinge. También con el duque de Peñaranda, el conde de la Maza y el marqués de Villavieja. En la mesa en la que se sentaban los marqueses de Elduayen y de Nájera estaban el barón von Stohrer, el comandante Kalle y el príncipe polaco Max de Ratibor, acompañado de las princesas María Teresa, Victoria y Elisabeth de Ratibor. Con los condes de Lasteyrie, el embajador de Francia, *madame* Thierry y un consejero de la misma embajada que respondía al nombre de míster Villier.

El embajador de Inglaterra, que carraspeó y pidió disculpas por sus repentinos ataques de tos, bromeó con el hecho de que en Madrid se pudiera tomar ya un buen té. «Mis predecesores estaban hartos del chocolatito caliente que triunfaba hasta entonces entre la clase aristocrática», dijo. «La boda con Ena de Battenberg está modernizando España», añadió buscando la sonrisa cómplice de la duquesa de Montellano, preocupada ese día porque tenía casi a la mitad del servicio de palacio con síntomas de fiebre.

Pero lo que realmente había atraído el interés de todos era la presencia en otra de las mesas del salón del general Miguel Primo de Rivera. El militar había forjado su carrera en sus destinos de Marruecos, Cuba y Filipinas y un año antes, en 1917, había levantado una gran polémica por sus declaraciones «abandonistas» a favor de que España dejara sus colonias norteafricanas «que tanto dolor y muerte estaban ocasionando». Su disposición a realizar un trueque con Inglaterra intercambiando Ceuta por Gibraltar le había costado su puesto como gobernador de Cádiz y ahora era capitán general de Madrid. Junto a él se sentaban el duque de Tetuán y el de Dúrcal. «Ese sí que quiere modernizar España», deslizó el duque de Westminster, que tosió con suavidad a continuación.

En la mesa del marqués de Elduayen y el barón Von Stohrer, dos de las princesas polacas reían la gracia de la tercera, que había acudido al almuerzo sin su marido, en cama por un repentino resfriado que le mantenía encerrado en su habitación del hotel.

—Me han confesado en recepción que Mata Hari se hospedó el año pasado en el hotel. Lo hizo como condesa Masslov y desde aquí, desde el Ritz, operaba ¡como agente doble! Pero me han dicho que seamos discretas, que no lo comentemos con nadie. ¿A quién le va a importar, si ya está muerta? —rió Elisabeth de Ratibor.

—¿Habéis visto quién se sienta en la mesa de enfrente, en la que está el embajador de Francia, un consejero de nombre m^{is}ter Villier? ¿No os parece muy poco francés? —preguntó la princesa María Teresa—. Creo que me voy a retirar a mi habitación, siento como pequeños escalofríos, espero que no sea nada serio. Mañana regresamos a casa, a Polonia.

Un par de días más tarde, el 22 de mayo de 1918, el diario *ABC* informaba en su portada de la aparición de una enfermedad parecida a la gripe, «pero con efectos más leves». Las verbenas populares por las fiestas de San Isidro que se habían celebrado durante ese mes de mayo en la capital facilitaron su rápida propagación. La infección no se había iniciado en nuestro país, pero en plena Primera Guerra Mundial, con las potencias enfrentadas censurando la información sobre la enfermedad que estaba diezmando a sus ejércitos para no desanimar a sus soldados y envalentonar al enemigo, España se convirtió en el altavoz de lo que estaba ocurriendo a nivel mundial. Y la pandemia, que acabó con la vida de cerca de 147.000 españoles el primer año de los tres que duró (más otros 21.245 en 1919 y

17.825 en 1920), pasó a llamarse «gripe española». Los fallecidos superaron los cincuenta millones en todo el planeta.

Más de la mitad de los veinte millones de españoles de entonces eran analfabetos y la tasa de mortalidad infantil superaba con creces la de nuestros vecinos europeos. La reacción errática de las autoridades sanitarias provocó su descrédito ante los ciudadanos y los periódicos cuestionaban a diario sus recomendaciones. Hasta el propio Alfonso XIII y el jefe de Gobierno, Manuel García Prieto, enfermaron.

Las dos primeras décadas del siglo pasado fueron también la edad dorada de los expoliadores que vendían el patrimonio artístico nacional a magnates norteamericanos. Solo en esos años se calcula que salieron de España rumbo a Estados Unidos unos doscientos artesonados provenientes de iglesias, castillos o casonas señoriales de Palencia, León, Barbastro o Teruel. Algunos de ellos terminaron en San Simeón, el castillo de dimensiones megalómanas que Randolph Hearst, magnate de la prensa norteamericana, empezó a construir en esos años en California.

El propio Alfonso XIII tuvo que intervenir en una ocasión para evitar la salida de una pieza de alto valor artístico de la que se había encaprichado el magnate: la puerta de estilo tardogótico del desaparecido palacio de los duques de Arcos, en Marchena (Sevilla). Hearst se tuvo que conformar con copiar esta portada para el edificio principal de su castillo. El original terminó, por mediación del rey, en el Real Alcázar de Sevilla.

Manuel Falcó y Escandón, padre de Carlos y Fernando, ya era entonces un joven culto de formación europea. Se había

educado en Inglaterra, en el internado jesuita de Beaumont, y una de sus mayores pasiones y obsesiones era la restauración del patrimonio histórico y cultural español. Conoció a Hearst por mediación de su tío Manuel de Escandón, marqués de Villavieja. Y a través de Hearst entabló amistad también con Archer M. Huntington, un filántropo enamorado de España que en 1904 había fundado en Nueva York la Hispanic Society of America, una institución consagrada al estudio y la difusión de la cultura española.

Así que Manuel Falcó y Escandón, que entonces rondaba los veintisiete años, no dudó en aceptar la invitación de Huntington para convertirse en uno de los privilegiados pasajeros del tren privado que este había fletado para llevar a sus amigos desde Nueva York a San Francisco para conocer la nueva mansión de Hearst en la costa del Pacífico. Ubicada en San Simeón, entre San Francisco y Los Ángeles, disponía de jardines, canchas de tenis, aeródromo de dos pistas, y hasta dos piscinas, una cubierta y otra exterior, construidas con restos de un templo romano. La excentricidad del complejo incluía también un enorme zoo en el que había jirafas, pumas, leones, osos y hasta leopardos.

El duque de Montellano hablaba siempre de este viaje como una de las experiencias más singulares de su vida. No era para menos. Su estancia en Nueva York coincidió con la entrada en vigor de la ley seca en Estados Unidos. Aquella noche del 16 de enero de 1920 fue la última en la que se podía beber alcohol, por lo que el baile al que asistió terminó a altas horas de la madrugada y con la mayoría de los invitados en estado de embriaguez. Una noche histórica.

«Manolito, ¡has tenido una gran idea! Organiza una cena en casa de tus padres con Primo de Rivera y demos forma al proyecto», dijo el rey tras escucharle atentamente.

Y Manolito, que no era otro que Manuel Falcó y Escandón, y entonces ya utilizaba el título de marqués de Pons, organizó la cena en casa de sus padres e invitó al general. Primo de Rivera había dado un golpe de Estado unos meses antes, en septiembre de 1923, y Alfonso XIII no solo no se había opuesto, sino que le nombró jefe de Gobierno al frente de un directorio militar.

La cena fue un éxito y Primo de Rivera decidió apoyar el proyecto. La idea del marqués de Pons era crear una red de hoteles turísticos restaurando edificios históricos a lo largo y ancho de toda España. Castillos, conventos y hasta hospitales que se mantenían en pie de milagro, totalmente abandonados, cuando no eran comprados y trasladados piedra a piedra a Estados Unidos por algún millonario desaprensivo. El jefe del Gobierno se comprometió a aportar un millón de pesetas de las de entonces, procedentes de un nuevo impuesto ferroviario y así fue como nació la red de Paradores del Estado. En la lista inicial que había confeccionado el padre de Carlos y Fernando Falcó, Alfonso XIII incluyó su refugio de caza en la sierra de Gredos. El mundo estaba cambiando, viajar ya no era un privilegio exclusivo de las clases pudientes y España despertaba como destino privilegiado para la prometedora industria del turismo.

No solo el abuelo paterno tenía buena relación con Primo de Rivera. Joaquín Fernando Fernández de Córdoba, el abuelo materno, estuvo esos años al frente del Circuito Nacional de Firms Especiales, responsable de adoquinar las

principales carreteras del país para mejorar la comunicación entre las distintas capitales de provincia y fomentar así la incipiente industria del turismo y del automóvil. Su nivel de exigencia era muy alto y solía comprobar personalmente la calidad de cada tramo construido. Según le contaría en más de una ocasión a su hija Hilda, en cada inauguración actuaba de la misma forma. Recorría el trayecto a bordo de su Rolls-Royce para comprobar que, efectivamente, dentro de él, el único sonido que se escuchaba era... el del llavero del coche.

«Por el paseo de Delicias, a escasa distancia de un tranvía del disco 27, marchaba ayer el automóvil 11.328 que conducía D. Manuel Falcó y Escandón, marqués de Pons. Al llegar el tranvía al número 139 del paseo se apeó de él un viajero que pretendió cruzar la calle, con tal precipitación que no advirtió que avanzaba el automóvil, el cual le atropelló y le produjo lesiones que fueron calificadas de graves en la Casa de Socorro del distrito. El marqués de Pons compareció ante el juez de guardia», recogía el diario *ABC* en su edición del viernes 12 de junio de 1925.

Tras el atropello, Manuel Falcó y Escandón mantuvo una conversación seria con sus padres, los duques de Montellano, que básicamente se redujo a dos recomendaciones: debía tener más cuidado con los coches y la velocidad y ya era hora de que sentara la cabeza y buscara esposa.

El almuerzo había sido íntimo. Organizado en la Embajada de España por el propio embajador José Quiñones de León y

con la presencia tan solo de los novios y sus respectivos padres. «En París, donde se encuentran ambas familias, ha sido pedida la mano de la encantadora señorita Hilda Fernández de Córdoba, condesa de Santa Isabel, hija de los duques de Arión, para don Manuel Falcó y Escandón, marqués de Pons, primogénito de los duques de Montellano», recogerían las crónicas de sociedad del diario *ABC* al día siguiente, 18 de abril de 1928. Él pasaba ya de los treinta y seis años y ella acababa de cumplir los veinte.

Eran tiempos convulsos. En la comida, además de la muerte de Vicente Blasco Ibáñez unos meses antes en Menton (Francia), se había colado también la destitución de Miguel de Unamuno de su cátedra de Salamanca por sus críticas a Alfonso XIII y a Primo de Rivera. Unamuno no se había callado. Era uno de los quebraderos de cabeza del embajador. Cuatro años antes, el escritor y profesor universitario había sido desterrado a Fuerteventura, pero una vez que se le levantó el castigo prefirió instalarse primero en París y luego en Hendaya antes que permanecer en España. «En Madrid me piden informes casi diarios», había comentado durante el almuerzo el embajador. «Y Blasco Ibáñez se tiene que morir aquí», se quejó.

En la pedida de mano, el marqués de Pons regaló a su futura esposa un brazalete de brillantes en forma de cinta y ella a él, una botonadura, también de brillantes. Esa misma noche, los marqueses de Barou, tíos maternos del novio con mansión en París, dieron otro banquete para celebrar la petición de mano.

Se habían conocido en 1927, en La Venta de la Rubia, un club social para la clase aristocrática a las afueras de Madrid. La reina Victoria Eugenia, asidua al club, fue la primera en sospechar que algo había entre ellos cuando una tarde ningun-

no de los dos apareció a la hora prevista para tomar el té. «Ella destapó el romance», solía enorgullecerse Manuel Falcó, gentilhombre de Alfonso XIII y dieciséis años mayor que su mujer. Hilda, además de camarera y dama de compañía de la reina, era amiga desde la infancia de las infantas Beatriz y María Cristina, las hijas de los reyes.

Tal y como se había anunciado en París, la boda se celebró en Madrid el 22 de julio de ese mismo año. Era lunes, y la ceremonia fue oficiada por el obispo de Madrid-Alcalá, Leopoldo Eijo, en la residencia de los duques de Montellano. El altar se levantó en el jardín del palacio de la Castellana. «Presidíalo, en su interior, un lienzo de la Purísima, y le daban guardia dos amplias palmeras, cuyo tronco y cuyas hojas, en abanico, habían sido teñidas de purpurina. Tres arcos dibujados por guirnaldas de flores y un toldo, de sabor oriental, terminado en cenefa de coloridos reposteros, lo completaban con verdadero arte», repetían al día siguiente los ecos de sociedad de los principales periódicos de la capital.

Hasta aquel escenario avanzó un original y decorativo cortejo. Venían al frente sus altezas reales el infante don Fernando y la infanta doña María Luisa y el infante don Alfonso y la infanta doña Beatriz de Orleans. Tras estas augustas personalidades avanzaban, en dos filas, los testigos de los novios, todos vestidos con diversos uniformes. Por parte de la novia, los duques de Medinaceli, Gor y Almazán, el conde de Toreno y los marqueses de Laguardia y Povar. Y por parte del novio, los marqueses de Santa Cruz y Villavieja, el duque de Alburquerque, el conde de Elda y el marqués de Barou.

En medio de estas dos filas de testigos caminaba, aislado, el novio, marqués de Pons e hijo de los duques de Montellano. El futuro contrayente vestía el uniforme de gala de los gentileshombres. Y detrás, la pareja formada por los padrinos: la duquesa de Montellano, madre del novio, y el duque de Arión, padre de la novia.

Después llegó el turno de la futura marquesa de Pons, de liso raso blanco, que desfiló acompañada de su madre, María de la Luz Mariátegui. «El largo velo de tul que partía de su cabeza y arrastraba como una larga cola, dejaba ver en su transparencia los encajes de una blanca mantilla. Mantilla y velo sujetábanse sobre la cabeza, aureolada de rubio, con una especie de pequeña diadema de brillantes. La duquesa de Arión, la madre, también vestía de blanco y con sombrero del mismo tono (...) Tras la ceremonia religiosa, hubo merienda y baile en el mismo jardín», recordaban también las crónicas.

El embajador Quiñones de León acudió al apartamento que los Montellano mantenían en París en cuanto supo que la salud del duque empeoraba con las horas. No era la mansión que, recién casados, tuvieron los Falcó en la avenida Victor Hugo, pero el *pied à terre*, una forma elegante de reconocer que la casa no era excesivamente espaciosa, contaba con todas las comodidades para acoger a sus ilustres huéspedes, había comentado más de una vez el embajador. Pero su visita, en esta ocasión, no era de cortesía. Había puesto toda su influencia en la capital francesa al servicio de la duquesa, que no se separaba de la cama de su marido. Junto a ella, estaban también sus hermanos, los marqueses de Barou.

La fiebre provocada por la gripe le había sorprendido justo cuando preparaban su regreso a Madrid. En apenas unos días, el 12 de abril de 1931, se celebraban elecciones en España. Aunque eran municipales, quería ejercer su derecho al voto. Pero su salud se fue apagando y el mismo día de los comicios fallecía con el consuelo de su esposa, y confortado por los auxilios espirituales de las Siervas de María, «que tanto honran a España en la capital de Francia», en palabras de Quiñones de León. Tenía setenta años. Sus hijos, Paloma y Manuel, no llegaron a tiempo de despedirse de su padre.

Don Felipe Falcó Osorio D'Adda y Gutiérrez de los Ríos, duque de Montellano y grande de España, era hermano de Manuel, duque de Fernán Núñez, ya fallecido, y de la duquesa Rosario de Alba, abuela de Cayetana de Alba, nacida cinco años antes. Su muerte vistió de luto a la aristocracia española y hasta París viajaron para acompañar a sus hijos y dar su pésame a la viuda los parientes más cercanos: el duque de Fernán Núñez y su madre, la duquesa viuda; el conde de Elda, la duquesa de Santoña, el marqués de Villavieja y el duque de Alba, Jacobo Fitz-James Stuart Falcó, Jimmy Alba, sobrino del fallecido.

Hilda no había podido acompañar a su marido, Manuel, a París. La muerte de su suegro la sorprendió en la cama, ella también estaba con gripe. Fue en el palacio de Montellano donde recibió la llamada telefónica de la reina. Victoria Eugenia quería saber cómo se encontraba de su enfermedad y darle el pésame por el fallecimiento de su suegro. «Ya no podemos salir de Palacio», se disculpó la reina por no poder haber acudido personalmente a la mansión familiar del paseo de la Castellana.

Unos días antes, el viernes 9 de abril, la marquesa de Pons había estado cenando en el Palacio Real. Aún tenía sobre su

escritorio el cartón de la convocatoria con el sello de la Camarería Mayor de Palacio. Ella estaba «de guardia» ese día y recordaba que no había ninguna ceremonia especial, simplemente se trataba de acompañar a sus majestades en la cena, a las nueve y cuarto. Solo estuvieron presentes los reyes, sus hijos y los ayudantes del rey.

«Victoria Eugenia estaba perfecta —pensó Hilda—. Bien arreglada y tan guapa como siempre». Pero el ambiente era de preocupación, la atmósfera en España «era muy tensa», dijo el rey. En los meses anteriores, las huelgas eran una constante, los gobiernos no duraban nada y los sucesos violentos en Asturias y Cataluña habían envenenado la convivencia.

La reina siempre había tenido un trato exquisito con ella. Fue Victoria Eugenia en persona quien en 1929 le comunicó su nombramiento como una de sus nuevas damas de honor, la más joven en ese momento. Acabada de dar a luz a Felipe, su primogénito y estaba aún en cama, en el palacio de sus suegros, hasta donde se trasladó Victoria Eugenia. Una noticia inesperada que le provocó miedo e inseguridad. «Esas grandes ceremonias de Palacio», había balbuceado. Acababa de descubrir que entre sus nuevas obligaciones estaba, además de acompañar a los reyes en alguna cena, siempre por turno establecido y nunca sábados y domingos —los fines de semana se libraba—, la de llevar el manto de la reina. Sí, sujetar la cola de su vestido mientras subía o bajaba escaleras. Pero no debía de tener ningún miedo. Tanto su madre como su suegra, que también habían sido damas de honor de la reina, iban a ser sus mejores instructoras para controlar todos los detalles del protocolo.

«Ya no podemos salir de Palacio», le había dicho Victoria Eugenia por teléfono y ella también estaba muy preocupada

por las noticias que llegaban de un lugar y otro. El servicio telefónico se había inaugurado en 1928. El mismo año de su boda. Primero con Portugal, días más tarde con Reino Unido. Y, por supuesto, también con Francia. El palacio de los Montellano era una de las pocas residencias particulares que disponía entonces de línea telefónica propia en España. Hilda llamó a París. Quería hablar con su esposo, saber cómo iba todo lo relativo a la muerte de su suegro, cómo habían hecho el viaje y, sobre todo, conocer qué noticias les estaban llegando. Jimmy Alba era ministro de Estado en el Gobierno del general Dámaso Berenguer, que había sustituido a Primo de Rivera unos meses antes —una «dictadura» por una «dictablanda» se decía en la calle—, y suponía que tendrían información de última hora.

«Pero ¿qué está pasando? —preguntó a su esposo una vez que pudo hablar con él—. Han sido unas elecciones a municipios y se está hablando de que el rey se tiene que ir. Sus propios políticos y hasta parte del Ejército ya le han abandonado».

Los acontecimientos se estaban precipitando. Hilda recordó que apenas unos meses antes, a finales de 1930, la reina había regresado de Londres, donde visitó a sus hermanos, y al poco de salir de la estación en Madrid habían desenganchado los caballos de su carruaje y una multitud entusiasta la había llevado a Palacio tirando del coche. «¡Y ahora se tienen que ir! ¡Y ahora se tienen que ir!», repitió un par de veces.

Pocas horas después, el 14 de abril, se proclamaba la Segunda República. Los títulos nobiliarios fueron abolidos y no se restaurarán hasta una vez finalizada la guerra civil, ya en pleno franquismo.